

Historias Acuarianas Para Niños

El Jardín en Primavera por Grace Evelyn Brown

Una mañana de primavera, el jardín estaba hermoso. Florence salió corriendo después del desayuno para ver si las semillas que había sembrado habían crecido durante la noche. Las semillas de guisante de olor las había plantado cuando todavía había nieve en el suelo, y ya habían crecido bastante. Las semillas de pensamiento ya deberían estar asomando por la tierra. Florence las buscó con ansias. ¡Sí, allí estaban! Cada pequeño brote echaba dos hojitas, y algunas apenas se veían un poquito sobre la tierra.

¡Todo era tan maravilloso! A Florence le habría encantado mirar debajo de la tierra para ver lo que pasaba allí, porque debían estar ocurriendo muchos milagros para que todas esas semillas se convirtieran en plantas, enredaderas y flores. Bajo la tierra, en silencio y sin parar, las semillas duras se estaban ablandando y abriendo para dejar salir los pequeños filamentos que empujaban hacia la luz.

Todo en el jardín estaba lleno de vida, una vida hermosa que se mostraba en todo tipo de cosas que crecían. El pasto era de un verde claro amarillento, y los árboles, arbustos y enredaderas sacaban millones de brotes suaves de ese mismo color. Mirando bien, Florence podía ver que incluso entonces ya se estaban preparando las hermosas flores que aparecerían más adelante. Los cerezos estaban llenos de capullos que asomaban tonos rosados y blancos, que luego se convertirían en hermosas flores y más tarde en deliciosas cerezas rojas. Los manzanos también sacarían sus capullos, flores y frutos más tarde, y las fresas, las grosellas y las frambuesas se apresuraban a prepararse para la hermosa temporada de flores y la cosecha de frutos.

Florence pensó mucho durante el día en las maravillas de la primavera y esperaba con ansias los días más cálidos, cuando todos estos preparativos de la naturaleza se volvieran perfectos. Varias veces volvió a mirar las plantas para ver si habían crecido algo, pero no notó ningún cambio real.

—Supongo que están creciendo todo el tiempo —se dijo a sí misma—, y también durante toda la noche. Las volveré a mirar mañana en la mañana y quizá encuentre que han crecido un poquito.

Florence se durmió esa noche con este pensamiento en la mente, y despertó al ver la luz de la luna entrando por su ventana.

—Hay tanta luz —decidió—. Creo que saldré al jardín a ver si han crecido algo.

Se puso su larga y gruesa bata y sus zapatillas con suela de fieltro. Nunca antes había sentido ganas de salir al jardín a esa hora, pero ahora, de algún modo, se sentía diferente. Estaba tan llena de vida que tenía que hacer algo interesante.

El jardín estaba muy hermoso, con la luna hundiéndose en el oeste y una luz en el este que le decía a Florence que el amanecer estaba cerca. Corrió primero a mirar las plantas de pensamiento. A la luz de la luna, podía ver apenas que se veían igual que la noche anterior, pero Florence realmente creía que habían crecido un poquito durante la noche.

Cuando se dio vuelta para irse, escuchó una vocecita a su lado. Miró alrededor y vio una criatura extraña, de color verde claro, parada junto a ella. Llevaba una pequeña gorra verde que parecía un pétalo sobre sus ojitos rasgados y sus orejas puntiagudas. Tenía la nariz chata y hacia arriba, y sus labios sonreían en saludo amistoso. Su cuerpo era fornido, sus brazos y piernas muy delgados y cubiertos con esa tela verde que parecía hecha de pétalos de flores.

—¡Oh! —gritó Florence emocionada—. ¡Debes ser un elfo! Siempre quise ver uno. He visto dibujos tuyos y de tus amigos en mis libros de cuentos.

—Sí —rió el elfo—. La gente hace dibujos de nosotros y escribe cuentos y versos sobre nosotros, pero no creen realmente que existamos. Piensan que somos solo imaginarios, que no existimos en absoluto.

—Yo sí creo en ti —respondió Florence—. Siempre he creído en ti y siempre esperé verte algún día.

—Sabía que sí —respondió el elfo—. Por eso me hice visible para ti.

—Te doy las gracias por hacerlo —respondió Florence.

—Verás —explicó el elfo—, los niños creen en nosotros y eso les ayuda a vernos. Pero no sirve de nada aparecerse ante los adultos que no creen en nosotros, porque si nos vieran (y en realidad no podrían, pues no creen en nosotros) simplemente no creerían que nos han visto. También intentan convencer a los niños de eso, y entonces nosotros no podemos acercarnos a los niños que nos niegan.

—Yo también creo en las hadas y en los duendes —dijo Florence.

—¿Y en los gnomos? ¿Has visto alguna vez un gnomo?

—No, nunca —admitió Florence.

—¿Te gustaría ver uno?

—¡Oh, sí! Muchísimo. Por favor, muéstrame uno.

—Los gnomos pasan la mayor parte del tiempo bajo tierra. Por eso probablemente no hayas visto ninguno.

—¿Como mineros?

—Sí, son los mineros del reino de las hadas —explicó el elfo—. Trabajan con los minerales: carbón, tierra y piedras preciosas. Puedo llevarte a verlos, pero primero tienes que creer que toda esta tierra es como una niebla. Ahora estás en tu cuerpo de sueño y puedes atravesar la tierra tan fácilmente como si fuera niebla. Solo piensa que es niebla y mira hacia abajo. Allí podrás ver todas las cosas maravillosas que pasan debajo de la tierra. Mira hacia abajo, a las semillas que plantaste. ¿Dónde están?

—¡Aquí están! —gritó Florence mientras se volvía hacia el lado donde hacía poco había plantado un semillero de ásteres tardíos.

—Mira justo ahí abajo —dijo el elfo—, y verás a un gnomo, ocupado con las semillas, abriéndolas para que puedan crecer y arreglando la tierra a su alrededor para que puedan abrirse y dejar salir el centro enrollado. La semilla se caerá y saldrá una planta que empujará hacia la luz. Todo esto no podría suceder si los gnomos no ayudaran.

Florence observó al gnomo con atención. Era una criatura graciosa y divertida, parecía un viejito con una larga barba blanca. Vestía de marrón, exactamente del color de la tierra, y llevaba una pequeña gorra puntiaguda también marrón. Sus dos ojitos brillantes siempre estaban en movimiento bajo la gorra, y sus deditos marrones estaban ocupados con las semillas, girándolas en diferentes posiciones.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Florence.

—Porque la gente no sabe plantar las semillas exactamente en la posición correcta para dejar libre el lugar por donde la semilla debe abrirse y dejar salir la pequeña planta —explicó el elfo—. Los gnomos tienen que acomodarlas en la posición justa, al igual que nosotros a menudo tenemos que desenredar las enredaderas y girarlas en la dirección correcta cuando la gente las ha entrenado mal.

El gnomo siguió trabajando afanosamente y, bajo sus hábiles dedos, las semillas comenzaron a abrirse para que las pequeñas plantas pudieran salir a la tierra.

—Mira estos bulbos de gladiolo —dijo el elfo mientras cruzaba al otro lado del camino del jardín—. Los plantaste el otoño pasado. Míralos ahora.

Más gnomos estaban ocupados abriendo los bulbos y preparándolos para la temporada de verano, dándoles tratamientos para ablandarlos y liberando sus brotes.

—La gente cree que hace todo el trabajo cuando planta las semillas y que la Madre Naturaleza hace el resto. Es cierto, pero ¿cómo lo hace? Teniendo millones de ayudantes. Mira debajo de este césped y verás cuántos gnomos se necesitan para hacer un jardín.

Florence miró hacia abajo y allí había muchos gnomos, todo un ejército trabajando sobre la tierra y las raíces del césped. Trabajaban juntos como un solo trabajador.

—A eso lo llaman "trabajo en equipo" en tu mundo —dijo el elfo.

—Es como una escuela —respondió Florence.

—Sí, y también tienen un maestro, un líder de los gnomos. Ahora te llevaré a ese árbol de allá. Incluso cuando un árbol ya tiene todos sus capullos, los gnomos tienen que seguir trabajando todo el tiempo para estirar más sus raíces y hacer que el árbol absorba más y más vida de la tierra.

Cuando llegaron al gran árbol al fondo del jardín, Florence miró hacia abajo y pudo ver las largas raíces del árbol y muchos hombrecitos marrones trabajando afanosamente con la tierra. Cerca de ellos, pero más arriba, estaban los propios elfos haciendo crecer el pasto.

—Nunca antes supe que todo tenía que ser hecho crecer. Pensaba que simplemente crecía —dijo Florence.

—Pero ¿cómo podría crecer una planta —preguntó el elfo— si alguien no le diera las cosas adecuadas para construir su propio ser y nuevos alimentos para vivir? Los jardineros no piensan lo suficiente en estas cosas. Pronto las hadas pondrán su trabajo en los capullos para tenerlos listos y que se abran en flores de cerezo y de manzano. Tienen tanto que hacer para hacer las flores. Poner los colores en las flores es un trabajo especial y lo hacen unas hadas y gnomos muy inteligentes. Ese trabajo es un verdadero arte, como pintar las caritas de los pensamientos y las hermosas líneas de las orquídeas.

—¡Todo es tan maravilloso! —exclamó Florence—. ¡Cómo desearía poder ayudarlos!

—Tú los ayudas —respondió el elfo—. Cada vez que riegas las plantas cuando necesitan lluvia, los estás ayudando. También los ayudas queriéndolas. ¿No sabes que el amor hace que todo crezca mejor? Sí, todo: plantas, cachorros o personas. Hay otra manera en que puedes ayudarlos. La lluvia de la semana pasada arrastró un poco de tierra del jardín de rocas. Puedes poner más tierra en esas plantas, porque es difícil para los gnomos mover mucha tierra, ya que es bastante pesada para sus deditos.

—Haré eso lo primero en la mañana —prometió Florence.

—Esa es una buena niña —dijo el elfo—. Ahora ven al estanque y te mostraré unos pequeños bebés de agua.

Juntos saltaron hasta la orilla. Allí, entre las juncos, el elfo le mostró a Florence los huevecitos que estaban a punto de eclosionar en renacuajos. Algunos ya estaban eclosionando y los pequeños renacuajos negros estaban saliendo de ellos. Cuidando de este trabajo estaban unas hermosas criaturas verdes y azules que brillaban en el agua como peces, pero que parecían hadas sin alas. Algunas jugaban en el agua mientras sus ropajes flotaban con la corriente, agitados por otras

criaturas con aspecto de hada que estaban sobre ellas, cuyos vestidos voladores hacían suaves soplitos de viento.

—¡Qué hermosas son! —exclamó Florence—. ¿Qué son?

—Las del agua son ondinas, y las del aire son sílfides. Ellas hacen las brisas que son tan refrescantes en un día caluroso.

Justo entonces, el sol salió y lanzó largos rayos sobre el jardín, iluminando el follaje ya brillante de los árboles, enredaderas y arbustos. Todos parecían tan vivos que Florence exclamó:

—¡Vaya! Nunca antes supe que todos están vivos, igual que las personas.

—Así es —coincidió el elfo—. Ahora debes irte, pero recuerda esto cuando vuelvas a tu mundo.

—¿Me llevarás otra vez algún día a ver tu mundo? —preguntó Florence—. ¿Otra noche?

—Claro que sí —respondió el elfo—. Y ahora, adiós. No olvides regar el jardín cuando no llueva, y poner más tierra en el jardín de rocas.

—Lo recordaré —prometió Florence—. Y gracias por mostrarme todas las cosas maravillosas.

Flotó rápidamente hacia su casa. Pronto despertó, pero debió haber pasado más tiempo del que pensaba, porque el sol estaba mucho más alto.

Florence todavía estaba pensando en sus maravillosas aventuras cuando su mamá entró con tres conejitos blancos.

—Mira esto, querida —dijo—. Llegaron anoche.

—¡Oh, los adorables! —exclamó Florence mientras los tomaba uno por uno, les alisaba el pelaje y los sostenía en sus brazos como le habían enseñado a manipular conejitos. Luego dijo:

—Mamá, un elfo me llevó a ver a los gnomos, los elfos, las ondinas y las sílfides mientras trabajaban, pero no me llevó a la conejera. Supongo que quería guardar esto como sorpresa para hoy. Y esta es la mejor sorpresa de todas.